

se lo refriese á su ama, que D. Paco, después de haber vagado por extravagancia y capricho descubrió el secuestro del tendero murciano, y que para libertarle y aun para defender la propia vida tuvo que apalea al hijo del herrador, sin conocerle hasta después, porque llevaba carátula. Todo se explicaba así con la misma verdad y D. Andrés alejaba de la mente de doña Inés hasta la menor sospecha.



XXXIX

JUANITA, después de haber declarado su amor á D. Paco y después de tener por seguro que no procesarían á Antoñuelo, se puso tan contenta y se aquietó de tal suerte, que desistió de todo propósito de venganza contra doña Inés, á pesar de lo mucho que doña Inés la había molido. Se arrepintió también de su prolongado disimulo y se propuso, sin retardarlo ya más que hasta el día siguiente miércoles, entre diez y once de la noche, hacer público su noviazgo y su futuro casamiento con D. Paco.

Hasta entonces tenía ella una vaga esperanza de poder preparar el ánimo de doña Inés, á fin de evitar su enojo; pero si esto no se lograba, Juanita estaba decidida, contando con la decisión de D. Paco, á arrostrar el enojo de doña Inés y el de todo el mundo y á hacer su gusto casándose, aunque ella, su futuro y su madre tuvieran que abandonar por insufrible el pueblo de Villa-

legre, perdiendo la posición de que en él gozaban.

A Juana la había visto un breve instante, pero confiaba tan poco en su circunspección y en la serenidad de su juicio, que no se atrevió á decirle nada ni á informarla de sus proyectos, de repente y sin preámbulo alguno. Aguardó, pues, hasta el día siguiente, cuando su madre volviese ya de casa de D. Andrés después de concluido su trabajo, á la hora en que había citado á don Paco, para que él también hablase á su madre y los tres se pusiesen de acuerdo.

Entre tanto Juanita creyó prudente y decoroso no ver á D. Paco, y violentándose le impuso la condición de que no la buscase ni tratase de verla. Juanita tenía tantos negocios que arreglar y tantas cosas en qué pensar y que hacer, que no quería que por lo pronto la distrajesen de ello sus amores.

Era Juanita devotísima de la Virgen de la Soledad y subió á la iglesia que está cerca del castillo y donde se venera su imagen, á darle gracias por los beneficios ya recibidos y á rogarle fervorosamente para que la fortaleciese en sus propósitos, que ella creía santos y buenos.

Casi toda la gente estaba en la parte baja y llana de la villa. La parte alta, donde están el castillo y la antigua iglesia, se hallaba aquel día muy solitaria.

Juanita oró largo rato en el templo, casi desierto. Al salir de él tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con D. Andrés, que la había

espiado, que la había visto subir, que la había seguido y que la aguardaba á la puerta.

Grandes fueron la desazón y el sobresalto de la muchacha. Aunque ella creía haber disipado todos los recelos de D. Paco y haberle inspirado confianza bastante para que no la vigilara, todavía temió que D. Paco ó la viese en compañía de D. Andrés ó supiese por alguien que iba en su compañía, y aunque contra ella no formase queja, acabase por ofenderse de la obstinación con que D. Andrés la perseguía y rompiese con él de una manera estruendosa.

Su desazón y sus temores se acrecentaron al ver que D. Andrés se acercó á ella; la acompañó mientras bajaba la cuesta, la requirió con más fervor que respeto, le recordó los besos de la antesala y le hizo las más atrevidas proposiciones. Como D. Andrés ignoraba el concierto de Juanita con el tendero murciano, venció su repugnancia á dejar impunes ciertos delitos, y entre otras ofertas hizo á Juanita la de dar él los ocho mil reales para que no fuese acusado Antoñuelo.

—Ya no necesito el dinero, Sr. D. Andrés—dijo Juanita.—D. Ramón ha recuperado lo que se le debía y ha prometido callarse. Ahora yo suplico á V. E. que me deje y no me persiga, y que no me ofenda proponiéndome lo que no puede ser. Y si V. E. no se retrae de seguirme por mi respeto, porque yo se lo suplico con humildad, retraigase por el temor de ofender á personas que le son queridas.

—Yo no temo que esas personas se ofendan.

—Pues yo sí lo temo. Temo que se ofenda mi señora doña Inés, á quien bien quiero y á quien debo mil favores. Y temo más aún que se ofenda D. Paco, quien... fuera disimulo, ya es tiempo de que lo sepa V. E. si no lo sabe... es mi novio.

—¿Y cómo—dijo D. Andrés—recelas tú que D. Paco se escape otra vez y se vaya á vagar por esos andurriales?

—Mucho me pesaría—replicó Juanita—de que hiciese tal cosa; pero en esta nueva ocasión no sería eso lo que él haría, sino algo que yo lamentaría mil veces más. Yo quiero que él y que V. E., á quien debe él tantos favores, sigan siendo buenos amigos. Para ello es indispensable que se reporte V. E. y no me falte.

—Al contrario—dijo D. Andrés sonriendo con sonrisa algo forzada.—Quien me falta eres tú. Dame una cita para verte en tu casa á solas y ya verás como no te faltó. Todo será con recato y sigilo. Nada sabrán ni D. Paco ni doña Inés y no tendrán de qué quejarse ni de tí ni de mí.

Llegaban en esto á la plaza, después de haber bajado la cuesta. Juanita, sin hacer atención á las últimas palabras de D. Andrés y temerosa de que la vieran con él porque allí había mucha gente, exclamó con cierta angustia:

—Por amor de Dios, Sr. D. Andrés: déjeme V. E. en paz, y no se comprometa ni me comprometa.

D. Andrés conoció sin duda que tenía razón la muchacha; cedió á su súplica y se apartó de ella. Juanita volvió sola á su casa, afligidísima,

descorazonada y humillada al ver cuán poco respeto infundía.

Era mayor su humillación al considerar que en aquellos días últimos hasta el idiota de don Alvaro, á pesar de los sofiones de que había sido objeto, había vuelto á las andadas, mostrándose con ella insolente y atrevido.

Luego que entró Juanita en su cuarto, cerró los puños con cólera, se echó boca abajo en la cama y sollozó con amargura.





XL

ERA doña Inés López de Roldán personaje de carácter tan enrevesado y complejo que á menudo me arrepiento de haberla sacado á relucir como una de las dos heroínas de esta historia, porque hallo difícil describirla bien y trasmitir á mis lectores concepto igual al que tengo formado de ella, investigando y dilucidando con claridad el móvil de sus pasiones y de sus actos.

Ella misma, como era reflexiva y pensadora, y como en sus ratos de ocio, que no eran pocos, había leído y aprendido bastante, se afanaba por lograr el propio conocimiento y le encontraba hartamente oscuro.

Las doctrinas de esto que llaman teosofía, no visimas en Europa, aunque antiquísimas en la India, no habían aportado aún por Villalegre, y doña Inés no podía, fundándose en ellas, suponer que su ser íntimo constaba de siete diversos principios: pero doña Inés sabía que Platón da-

ba, sobre poco más ó menos, tres almas á todo ser humano. Haciéndose, pues, platónica, se puso á sospechar que ella tenía tres almas.

Confirmó su sospecha y casi la convirtió en certidumbre el ver que, lejos de tener algo de herético aquel pensamiento, concordaba en cierto modo con la más sana y católica filosofía.

Uno de los libros que con frecuencia y gusto leía doña Inés era el que escribió el iluminado y extático varón Fray Miguel de la Fuente acerca de *Las tres vidas del hombre*. De aquí que no titubease doña Inés en imaginar que tenía tres vidas. Yo también lo imagino, y casi me atrevo á darlo por seguro. Sólo de esta suerte atino á entrever el tenebroso enigma de su figura moral y de su extraña condición y naturaleza.

Había en doña Inés tres energías ó poderes distintos, escalonados y sobrepuestos, ora de acuerdo los tres, ora independientes y en guerra, aunque formando, durante esta vida mortal, la unidad inseparable de su singular individuo.

Para cada uno de estos poderes se había buscado doña Inés un ministro, ó si se quiere, una ministra. Para su alma sensual, que entendía y se empleaba en las cosas y negocios corpóreos y vulgares, tenía á Crispina, que la ponía al corriente de todos los sucesos del lugar sin elevación ni trascendencia. Para su alma sentimental, concupiscible, irascible y discursiva; para su facultad y aptitud de aborrecer, amar y calcular, sobre todo en relación con lo temporal y visible, tenía á la discreta criada Serafina. Y para el al-

ma pura ó ápice del alma, para la suprema porción del entendimiento y del afecto, porción toda espiritual y divina, simple inteligencia ó mente, había estado doña Inés sin ministra durante largos años, hasta que por último la había hallado ó la había creído hallar en Juanita la Larga, á quien tan injustamente despreció y odió de oídas y al verla por vez primera.

Fué como perla que se descubre en un muladar y que se estima más cuando el que la descubre se persuade de que es fina. Fué como flor hallada en tierra inculta, fuera de la cerca del huerto que se cultiva, y que por eso mismo sorprende y enamora más, celándola quien la posee por el temor de que la huelle y pisotee, á su paso, algún animal inmundado.

Así se comprende, en mi sentir, el amor y el celoso cuidado con que doña Inés miraba á Juanita, que era ya para ella lo más ideal de cuanto podía concebir en lo humano.

Tal vez doña Inés reconocía con dolor que su propia alma suprema se había inficionado é impurificado un tanto por culpa de circunstancias exteriores que habían hecho prevalecer y triunfar en varios puntos las otras dos almas, inferior y media. Y á fin de que no se le inficionase también el alma pura y superior de la amiga y ministra que había encontrado y que era su regalo y consuelo, quería doña Inés que Juanita fuese monja ó sea trasplantar la flor del campo abierto y sin defensa al huerto cerrado y defendido; pero como al propio tiempo se complacía y de-

leitaba con tener á Juanita cerca de sí, vacilaba aún y retardaba el día en que pensaba obligar á Juanita á retirarse al claustro.

En el momento presente de nuestra historia, prevalecía en doña Inés el empeño de empujar á Juanita hacia el monjío. Preveía para ella peligros inminentes y ansiaba salvarla, aun á costa de privarse de su agradable presencia y de su dulce trato.

Se comprenderá qué clase de peligros temía la señora de Roldán, si echamos una ligera ojeada retrospectiva y ponemos al lector en antecedentes.

Dios me libre de ser calumniador y de pecar de malicioso. Quizás fuesen ponzoñosas hablillas de la malvada lengua del boticario, á lo que parece, acérrimo enemigo de Serafina.

Serafina, que era también burlona y maldiciente, murmurando y haciendo mucha befa, había referido por todas partes que la hija menor del escribano, de cuya mala salud y ruín catadura se ha dado ya cuenta, estaba prendada del boticario y le deseaba como marido, aunque sólo fuese para no ser menos que su hermana mayor doña Nicolasita, la cual iba pronto á casarse con Pepito, el hijo del albardonero, famoso doctor en leyes. Sólo se aguardaba para celebrar la boda que el diputado sacase al novio un empleo de diez ó doce mil reales que le habían pedido hacia más de un año. Doña Nicolasita estaba más impaciente que nadie; echaba mil maldiciones al diputado, decía que no servía de nada y conspi-

raba para que en las próximas elecciones eligiesen á otro que sacase empleos con más facilidad y prontitud.

Entre tanto, ó de veras ó fingiéndolo, había enfermado su hermana menor, y el boticario, que con permiso del médico, visitaba también y tenía bastantes iguales, era quien asistía á la enfermita, y tenía que visitarla dos veces al día ó por lo menos de diario. Don Policarpo no se daba por entendido de la verdadera enfermedad y distaba mucho de querer aplicarle el conveniente remedio. La iguala que tenía con el escribano era de las más cuantiosas del lugar: cada año cincuenta reales. Esto, no obstante, le parecía muy poco para pagar tanta visita: por lo cual, según Serafina, el boticario buscaba compensación recetando mucho y obligando al escribano á gastar su dinero en potingues de los que él elaboraba en su casa.

Yo me inclino á presumir que, ofendido el boticario por las burlas de Serafina sobre el mencionado negocio, divulgó contra ella lo que voy á contar como me lo han contado, sin responder de que sea verdad, exageración ó mentira.

A lo que parece, D. Álvaro Roldán, que andaba antes extraviadísimo, lejos de su casa, muy á menudo en otras poblaciones, entregado á mil liviandades y francachelas, y gastándose los dineros con doncellitas andantes que hospedaba en sus caserías, se había vuelto sedentario, casero, morigerado y mucho más económico. El pícaro del boticario colgaba á Serafina el milagro de

esta conversión, y aun se atrevía á sostener que la señora doña Inés hacía la vista gorda y no se percataba del tal milagro, cuya comodidad y baratura no podía menos de celebrar en el fondo del alma.

Como quiera que fuese, la verdad es que Serafina, que jamás notó que D. Andrés persiguiese á Juanita, aunque si lo hubiera notado no lo hubiera dicho, porque no le convenía decirlo, notó muy bien los atrevimientos de D. Alvaro y sus persecuciones á Juanita, y enojada y temerosa de una usurpación de atribuciones, acudió á doña Inés con el soplo.

Al principio no dió doña Inés grande importancia á la acusación; pero en aquellos últimos días la renovó Serafina con tal vehemencia é insistencia que doña Inés se puso sobre ascuas. Se puso como se pondría apasionada jardinera si viese que un sapo ú otro bicho feo y vicioso trataba de deshojar ó marchitar la planta florida que más la deleitase.

Doña Inés estaba furiosa contra el sapo y llena de miedo también de que, interviniendo el diablo, que todo lo añasca, pudiese conseguir el sapo su detestable propósito. La misma inocencia de Juanita y la libertad y el abandono en que vivía, sin el arrimo y el consejo que suele prestar la prudencia de una madre, aumentaban el sobresalto de doña Inés. De aquí que ahora estuviera impaciente por consumir su sacrificio de separarse de la muchacha enviándola á un convento cuanto antes mejor.



XLI

DE harto mal talante, y á fin de no faltar á la costumbre convertida ya en deber, Juanita acudió á casa de doña Inés para las lecturas y coloquios que ambas tenían á solas.

Aquella tarde no hubo lectura, á pesar de los nuevos libros devotos que doña Inés habfa recibido.

La agitación de la ilustre señora no le consentía leer ni tratar de nada que no estuviese en inmediata relación con el punto ó que no fuese el punto mismo que la trafa tan inquieta y azorada.

Lo que hizo doña Inés fué extremarse con Juanita en demostraciones de cariño. Ella misma se calificó de pastora y apellidó á Juanita inocente cordera, dándole á entender, casi con lágrimas y con entrecortados suspiros, el fundado temor que la afligía de verla entre las uñas y los dientes del lobo. Persistiendo en su metáfora pastoril, exclamó:

—Si, hija mía; mi dolor sería inmenso si por

imprevisión y descuido te dejase yo caer entre las garras de la infame bestia que anhela devorarte y viese el cándido vellón de la cordera teñido en sangre y manchado con la impura baba del mónstruo. Es menester que yo te defienda y te ponga en salvo. Por mí sola no puedo vigilar-te. Lo que puedo hacer y haré es conducirte pronto al redil, donde irás dócil y estarás segura. No acierto á encarecer, ni tú acertarás á figurarte cuán inmenso será mi sacrificio al separarme de tí, porque eres mi consuelo y mi encanto. Pero Dios quiere que nos separemos, y tendré que conformarme con su voluntad.

Juanita, más sorprendida que asustada, abría mucho los ojos y no sabfa qué responder ni qué pensar de todo aquello. Seguía silenciosa y sólo decía para sí.

—¿Qué monstruo será este que según doña Inés trata de devorarme? ¿Sabrá ella que don Andrés me persigue y me solicita, y le llamará por eso mónstruo é infame bestia? Como quiera que ello sea, yo no me atrevo aún á decirle que no me da la gana de ir al redil y que fuera de él, y sin pastora ni nada, ya cuidaré de que no me coma el lobo. Lo mejor, por lo pronto, es callarme y aguantar sus majaderías. El redil está lejos aún y ya tendré ocasión de sublevarme, de arrancar el cayado de manos de la pastora, y hasta de sacudirle con él si se obstina en guiarme y en disponer de mí á su antojo.

Con esta bien meditada resolución, Juanita no respondía sino con gruñiditos dulces y con tér-

minos vagos á los apasionados discursos de su bella amiga y protectora.

La paciencia de Juanita iba, sin embargo, agotándose. Bien podríamos asegurar que á Juanita no le quedaba ya paciencia ni para veinticuatro horas. Mucho le dolía no sacar al fin la menor ventaja de su sufrimiento y de su disimulo durante año y medio, y tener que retroceder al estado de guerra y á la situación en que después del sermón del padre Anselmo se había colocado. Por esto determinó sufrir aún y esperar hasta el siguiente día.

Después de despedirse de doña Inés, á las siete de la noche, para volver á su casa, Juanita se encontró en la antesala con el Sr. D. Alvaro, el cual vino hacia ella con suma galantería y le dijo:

—Ingrata, cruel hechizo de mi vida, ¿porqué eres tan tonta y tan terca? Quiéreme y amánsate. No sabes lo que te pierdes con no quererme.

—¿Qué he de perder yo, so peal?—contestó Juanita dándole un bufido, porque allí no había la menor razón para que ella refrenase su cólera.

Bajó las escaleras, y antes de salir á la calle se encontró en el zaguán con D. Andrés, que estaba aguardándola en acecho y que intentó retenerla asiendo su cintura.

Con ligereza se escapó Juanita sin que D. Andrés la tocara, y se puso en la calle de un brinco. D. Andrés la siguió.

—Déjeme en paz V. E.—dijo ella;—no sea pesado, no sea imprudente, care que puede salirle mal este juego.

—¡Hola, hola! ¿Te me vienes con amenazas?

—No son amenazas: son advertencias amistosas, Sr. D. Andrés. Yo no pretendo asustarle, sino persuadirle de que tiene ya dueño lo que V. E. pretende poseer por un liviano capricho ó por el antojo de un momento.

—No quiero yo—replicó D. Andrés con insolencia—privar al dueño de su propiedad. Imagínatela como un hermoso jardín. ¿Dejará de ser suyo y perderá el jardín su lozanía y sus primores porque un forastero de buen gusto y sigiloso entre en él por algunos momentos ó de vez en cuando y goce de sus flores, de su verdura y de sus galas?

—Sr. D. Andrés, el jardín de que aquí se trata no tiene verdura, ni flores, sino para su amo. Para los demás, sin excluir á V. E., sólo tiene ortigas, aulagas, cadillos y cardos ajonjeros. Con que así no sueñe V. E. con entrar en él para deleitarse, porque se expone á quedar preso y pegado con el ajonje, y á salir respingando, picado por las ortigas y todo cubierto de pinchos y de púas.

Mientras hablaba así y mortificaba á D. Andrés, Juanita apretaba el paso, y cuando estuvo ya cerca de su casa dió una carrerita, llegó á ella, abrió á escape con la llave que guardaba en el bolsillo y cerró la puerta de golpe.

Tratando de distraer su mal humor, Juanita se puso á coser con precipitación, como si tuviese que terminar una tarea.

Rafaela, la vieja criada, entraba y salía con frecuencia en la sala baja donde se hallaba Jua-

nita; y abandonando la cocina dejaba ver que tenía mucha gana de enredar conversación con la joven. Le habló varias veces, pero distraída Juanita por sus pensamientos, sólo respondía con monosílabos, sin dar pábulo á la conversación, y la conversación espiraba.

Rafaela se quedó una vez mirando en silencio la costura de la joven, y luego dijo:

—Ay, niña, qué pena me da de verte tan afanada trabajando siempre! Tu madre también trabaja mucho. ¿Y qué ganan ustedes con esto? Muy poco. El trabajo de las mujeres está muy mal pagado. Es casi imposible el ahorro. Lo comido por lo servido. Vienen las enfermedades y la vejez y traen consigo la miseria. Entonces solemos arrepentirnos de no haber sabido aprovechar la juventud y de haber desperdiciado las buenas ocasiones.

—Veo que estás muy sentenciosa, Rafaela, —interpuso Juanita.—¿Qué quieres indicarme con eso?

—Pues quiero indicar que tú vives con mil apuros, te cansas la vista y te estropeas las manos trabajando, y dejas que tu madre trabaje también como un azacán. Y todo, ¿para qué? Para vivir pobremente, comer mal y andar por esas calles hecha un guiñapo, cubierta la cabeza con un mantoncillo de mala muerte, cuando, si tú quisieras, podrías ir vestida como una reina y ser la envidia de las más encopetadas y ricas señoras de este lugar, sin que la propia doña Inés dejara de contarse en el número de las envidiosas.

—¿Y cómo he de hacer yo ese milagro?—preguntó Juanita.

—Nada hay más fácil—contestó Rafaela.—Estamos solas, y te hablaré sin rodeos. Hay un hombre, el más poderoso del lugar, que se pirra por tus pedazos. Con tu sandunga le tienes embobado, y con tu desdén le tienes frito. Todo depende de tí. Deja de ser arisca, pronuncia una sola palabra, y tendrás cuanto quieras.

Disimulando su enojo con una sonrisa, dijo entonces la muchacha:

—¿Y qué palabra es esa que he de pronunciar? ¿Qué conjuro es ese que ha de poner en mis manos por arte mágica tan pasmosas riquezas? ¿Quién es el hechicero que acudirá á mi evocación y que será tan generoso conmigo?

—Pues, quién ha de ser, niña—contestó Rafaela, animada al ver ó al imaginar que se recibían sin enojo sus insinuaciones.—Quién ha de ser sino el propio Excmo. Sr. D. Andrés Rubio?

—¿Y por dónde lo sabes tú? ¿Quién te encomendó que me vinieses con ese recado?

—Me lo encomendó... nada más natural... el confidente de D. Andrés. Me lo encomendó Longino.

—Ahora lo comprendo: como Longino es tan bromista ha querido darnos una broma; porque supongo que no me tomará por Cristo ni pensará en darme una lanzada.

—Ni lanzada ni broma. Longino te mira con el mayor respeto porque eres el ídolo de su se-

ñor y pretende con toda seriedad que recibas á su señor en tu santuario.

—Pues mira, Rafaela—contestó Juanita—dí á Longino con toda seriedad también, que es un galopín sin vergüenza, y que él y su amo se vayan á escardar cebollinos.

—No te alteres hija; no te subas á la parra—dijo Rafaela al ver enojada á Juanita.—Qué se pierde ni qué ofensa se te hace en tentar el vado?

—Mejor será que tiente usted al diablo, tía bruja. Arre, fuera de aquí: montese usted en el escobón y trasponga al aquelarre.

—No es para tanto furor. Yo te lo proponía por tu bien y sin interés alguno. De desagradecidos está el infierno lleno.

Rafaela se fué á la cocina refunfuñando.

Juana volvió poco después de casa del cacique.

Juanita siguió guardando silencio sin decirle nada de lo ocurrido.

Aquella noche estuvo Juanita inquieta y desvelada. Su orgullo, en su sentir humillado, le hería el corazón y no la dejaba dormir. ¿Con que no podría ella, por sí misma y libre, hacerse respetar? ¿Sería menester acudir á D. Paco para que la defendiera comprometiéndose? ¿Tendría razón doña Inés en aconsejarle que fuese monja? ¿Eran tan viles sus antecedentes que no podría ella ser estimada y acatada sino bajo la protección y tutela de un hombre generoso que le tendiese la mano y la sacase del fango en que al parecer habia vivido?

Estas y otras semejantes reflexiones atormentaban

taban horriblemente á la muchacha y espoleaban su soberbia.

Triste y ojerosa se levantó apenas fué de día.

Dos ó tres horas estuvo cavilando, rabiando y formando distintos proyectos.

Varias veces pensó en ir á ver á D. Paco, á quien habla prohibido venir á verla hasta las diez y media de la noche, y á quien se habia propuesto no ver antes. Pensó contarle la insolente pretensión de D. Andrés para que D. Paco le tuviese á raya; pero pronto desistió de tan cobarde propósito.

Al fin, como Juanita era muy devota, tomó su mantón y se fué á rezar á la iglesia, esperando encontrar allí inspiración y consuelo.

Juana se habia ido ya de nuevo en casa de don Andrés á continuar en sus ocupaciones culinarias y en sus preparativos de la gran cena.

No ya esta vez en la iglesia de la Soledad, que está en lo alto del cerro, sino en la nueva parroquia, antiguo convento de Santo Domingo, donde fué tan maltratada por el sermón, Juanita estuvo rezando fervorosamente, durante mucho tiempo.

Al salir de la iglesia para volver á su casa, se encontró con Longino de manos á boca. Longino se acercó á ella, la saludó con socarrona finura y le dijo en voz baja, casi al oído:

—No sea usted tan dura y tan sin entrañas. No deje morir á quien se muere por usted de mal de amores. Déle la cita que humildemente le pide.

Juanita dió un paso atrás como quien se aparta de objeto que le inspira asco y lanzó á Longino una mirada de soberano desprecio.

Longino no la comprendió.

Después, con todo el sosiego y con toda la frescura de quien ha tomado una resolución firme y sabe lo que dice y lo que hace, Juanita contestó:

—Diga usted á su amo que le aguardo esta noche, en mi casa á las ocho en punto. Rafaela abrirá la puerta. Yo estaré sola en la sala alta.



XLII

DON Paco pasó varias veces aquel día por la puerta de la casa de Juanita; pero no se atrevió á entrar en ella antes de la hora convenida.

Aunque Juanita le vió, no quiso llamarle, ni hablarle, tal vez por temor de revelar involuntariamente cosas que quería tener calladas.

Hasta las cuatro de la tarde estuvo sin salir de casa, cosiendo con la mayor tranquilidad.

Entonces llamó á Rafaela y le dijo:

—Oye, Rafaela: he mudado de opinión. Tus razones me han convencido. Esta noche recibiré al Sr. D. Andrés. Ya está avisado, y creo que no faltará. Está á la mira tú; ábrele, si es posible, antes de que llame, y dile que suba á la sala alta, donde yo le aguardo. Tú no subirás ni acudirás, suceda lo que suceda. Hasta que no vuelva mi madre ha de parecer como si no hubiese na-